




# El Cuento Semanal





---

---

FÉMINA   

(RECOMENDADO EN EL CONCURSO)

  POR ANGELA BARCO

ILUSTRACIONES DE J. PUEYO  

**30** céntimos  
Digitized by Google

---

---

Original from  
INDIANA UNIVERSITY

# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO IV.—8 de Abril de 1910.—NUM. 171

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

## LIBROS Y REVISTAS

**Venganza rifeña**, por Pedro y Maximiliano Raida.—He aquí una novela notable, y que prueba hasta dónde puede llegar el talento cuando es regido sabiamente por la voluntad. Los hermanos Raida son dos austriacos, que después de vivir largo tiempo en el Rif y en España, es tal su afición á nuestra literatura, que no sólo han estudiado nuestros clásicos profundamente y la contextura de la lengua castellana, sino que han logrado dominarla hasta el extremo de poder hacer una novela tan correcta como la titulada *Venganza rifeña*. Está hecha con una competencia y una claridad de visión extraordinarias, por lo que auguramos a estos extranjeros-españoles un brillantísimo éxito literario y de simpatía nacional. La obra está primorosamente editada por la popular Biblioteca Anfora.

**Algo nuevo sobre hipnotismo**, por Jean Filatre.—Entre las publicaciones notables recientes, merece figurar en primer término el «Manual práctico de hipnotismo», por Jean Filatre, que ha publicado el editor P. Orrier, correctamente traducido al castellano por nuestro compañero Justo Fornovi.

En los libros similares sólo se observa, pues adolecen, por lo general, de tal defecto, un empirismo vulgar y corriente. El libro de que hablamos, y es su novedad, ha puesto al alcance de todo el mundo la práctica de hipnotismo.

Apartarse de la vulgaridad en una materia muy trillada constituye una excepción.

El libro de Filatre se aparta de ese sistema, abundando en él las pruebas, los ejercicios y ejemplos prácticos, en unión de las teorías y doctrinas más notables y modernas sobre las cuestiones del hipnotismo y el magnetismo, que atraerán siempre la atención del espíritu humano.

Ilustran la obra unos curiosos grabados sobre la manera de conocer los buenos «tipos hipnóticos».

Merece elogios la traducción castiza y esmerada de nuestro compañero.

**Ateneo**.—He aquí el sumario del número último: La música en la Iglesia, Jaime Martí-Miquel, marqués de Benjú.—La vida moderna, Anselmo Fuentes.—Uno de tantos, José M. Matheu. Henry Fielding, Luciano de Taxonera.—«Xorfa» del Mogreb, Luis Sorela.—La política, J. Pons Samper.—De cetrería (poesía), Antonio de Zayas.—Del huerto clásico: Tibulo, Petrarca, Carlos de Orleans (poesías), Narciso Alonso Cortés.

En nombre del mañana (poesía), Mariano Miguel de Val.—Información extranjera, Mariano Miguel de Val. Huésped ilustre: El ex presidente Zelaya.—Información teatral, Bernardo G. de Candamo. Luis Vélez de Guevara en el Español.—Información bibliográfica: Antropología ó Historia natural del hombre, de Manuel Antón y

Ferrándiz.—Prontuario y guía para músicos y aficionados, de Alberto Peyrona.—V. A. L.—Doña María la Brava, leyenda dramática de Eduardo Marquina.—Los pueblos dormidos, novela de Rafael Pamplona.—Enciclopedia Universal ilustrada europeo-americana.—Libros recibidos.—Grabado: Páginas artísticas, Roberto Montenegro.

**A los ganaderos, vaqueros y expendedores de leche**.—Un editor práctico, P. Orrier, de Madrid, acaba de publicar un libro utilísimo, dedicado á la vulgarización de una de las más importantes industrias derivadas de la Agricultura, cual es la cría, buena conservación de las vacas lecheras y la explotación de la leche.

Titúlase «Manual práctico del vaquero», y está escrito por el ilustre y práctico veterinario lactotécnico D. Ramón Pellico, quien estudia sucesivamente el ganado, empezando por el toro reproductor y las buenas vacas lecheras, á cuyas principales razas dedica especial atención; la alimentación de las vacas lecheras, de los becerros y las substancias alimenticias son objeto de un detenido examen, como asimismo la estabulación y ordeño, el parto y aborto y las enfermedades y medios de evitarlas. Por último, los capítulos finales de esta obra están dedicados á estudiar con gran detenimiento la leche y sus alteraciones, el comercio de la leche y sus diversos análisis.

## Eugenio Noel <sup>(1)</sup>

Hemos recibido, con destino á la suscripción abierta por este periódico en favor de la edición de los artículos «Notas de un voluntario», publicados por el valiente escritor en nuestro estimado colega *España Nueva*, las cantidades siguientes:

	Pesetas.
Suma anterior. . . . .	52,55
D. J. Ortega y tres más de Vitigudi- no (Salamanca). . . . .	4
D. J. Mirabent, Vilaplana (Barcelona). .	2,50
TOTAL. . . . .	59,05

2 Abril 1910.

(1) Véase el número 160.

## A LOS COLECCIONISTAS

DE

## El Cuento Semanal

En esta Administración y en las principales librerías y kioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por **EL CUENTO SEMANAL** al precio de 30 céntimos ejemplar.

Original from  
INDIANA UNIVERSITY

## F É M I N A

Se estremeció y volvió la cabeza con el ansia contenida de quien aguarda impaciente lo que ha de venir y no se conoce...

En el hueco de la puerta apareció, arrogante y pulcro, el marido, don Sebastián López-Sierra, abrochándose el gabán, amplio y rico, con movimientos reposados.

—Creí que habrías salido. ¿Estás enferma?...

—No...

El, pausado, sonriente, se acercó á la esposa y, mirándola con placer, sacó de un bolsillo, lentamente, los guantes negros de cabritilla. Ella, pálida y distraída, entornó los ojos y se miró las manos, como sorprendida de verlas tan blancas...

—¿Quieres algo, Gabrielilla? Me voy al casino, á echar mi partida de tresillo. Si gano, ya sabes, cuenta con un paquetito de caramelos. Si pierdo... si pierdo me alegraré, por aquello del refrán «desgraciado en el juego...» Así me haré la ilusión de que tu estás tan enamorada de mí como yo lo estoy de ti...

Hablaba, mientras se ponía los guantes, con voz cariñosa de inflexiones tranquilas y graves.

—Adiós, hija mía. Si algo necesitas, abajo, en el escritorio, está Rafael.

Se inclinó para mirarla más de cerca; la besó en la frente.

—¿Estás enfadada conmigo, mimosa?... ¿No

me quieres?... ¡Anda, dime una palabra siquiera!...

Gabriela cerró los ojos por completo, y con sonrisa displicente y cansada se disculpó en voz baja.

—Me duele la cabeza... No tengo nada que decirte...

—Entonces, si estás mal, me quedo. Bien sabes que para mí no hay nada en el mundo que valga tanto como mi mujercita. Juguemos una partida de damas ó charlaremos de lo que tú quieras...

Se quitó un guante. Pero Gabriela abrió los ojos asustada y, precipitadamente, le contuvo con la voz y con el gesto.

—No, no... Te aseguro que no tengo nada de particular. Puedes ir á jugar tu partida de tresillo de todas las tardes. ¡Es la única distracción que tienes!... Además, cuando me duele la cabeza, estoy mejor sola.

Don Sebastián, alarmado por un momento al verla más pálida que de costumbre, movió la cabeza; ya risueño otra vez, completamente tranquilo, la pegó suavemente con el guante en la mejilla.

—¡Ah, tontuela!... Bueno, pues me voy. Sí, es verdad, no estaría á gusto sin salir de casa todos los días. ¿Y á que no sabes tú por qué?... ¿No?... Pues muy sencillo. Por el placer de saborear mi alegría de volver á ver todo esto que abandono unas horas. Mi casa, tú... los chicos... Dicen que mi manía es cursi... ¡Bah!... Para los

lontos que siguen en todo la moda, sin pararse á pensar si lo que se lleva es bueno ó malo, agradable ó desagradable... ¡Allá ellos!... Adiós, hasta luego.

—Hasta luego—contestó la mujer con una voz tan lejana, que resonó en el salón, altísimo de techo, con la sonoridad de un eco.

Y quedó sola otra vez con su martirio iluminado de sueños trágicos, de pálidas quimeras, tenues y fugaces como todo lo increado.

¡Oh, y cuánto la agradaba quedarse así, sola, en el salón grande y lujoso, tendida como una muerta en la *chaise-longue*, leyendo y destejendo su triste pasado, su fastuoso presente, sin que el ignoto porvenir se dejase entrever por ningún resquicio. Jamás podría ella contar, estaba segura, más que esos dos tiempos: pasado y presente; porque éste, ¡no!, no había de cambiar en nada, para exasperarla con su monotonía invariable.

La ocurría lo que á esos viajeros enamorados de las alturas que, después de haber llegado á la cima de la más alta montaña, ven con espanto cuán imposible es el descenso, y allí quedan por siempre, por siempre... con la visión humilde del valle ante sus ojos, agrandados por la nostalgia de la llanura...

## II

...Y, sobre todo, que no me agradan cambios en mi ciudad. ¿Para qué hacer de ella una población moderna? Desengáñense, amigos míos, que con todo eso que el Concejo trata de realizar, para lo cual solicita de mi caja un empréstito, no conseguiría otra cosa que hacer perder á esta ciudad nuestra, pequeña y triste como un cementerio, el encanto que hoy tiene. Yo niego rotundamente mi cooperación, porque no quiero en esta ciudad, que yo llamo mía, ni ruido de martillazos, ni estallido de barrenos, ni calles nuevas, donde el rojo grosero de los ladrillos rompa la augusta uniformidad de los edificios milenarios, á los que la herrumbre y el moho hacen venerables. No quiero tranvías; no quiero más puente sobre el río que los poetas cantaron místicamente con arrebatos panteístas, que el puente romano, soberbio, majestuoso, el cual, visto por los lados, puede compararse á una de esas joyas macizas y monumentales de tiempos de los Faraones, engarzada con amatistas y ópalos. Tan azulada y transparente pasa el agua por sus arcos, esbeltos é iguales, como trabajados por un solo artífice, grande y poderoso, descendiente de una raza de cíclopes... No, no quiero que nada nuevo cambie y desoriente mi vida. Quiero recrear mis ojos con lo ya visto, con lo que ha de volver á verse, con lo único que mis ojos guardarán en su retina, para seguir viéndolo á través de la tierra morena y esponjosa

que cubrirá mi cuerpo al lado de mis padres...

Esto decía don Sebastián López-Sierra, con la serenidad firme de un espartano, á la comisión de ediles que casi llenaba el despacho del banquero en demanda de su ayuda para modernizar la ciudad histórica, á la que brutales y amorosas leyendas daban fama, poetizándola.

Uno de los ediles, joven, bajito y con protuberancias un tanto femeninas, se atrevió á decir, con la voz atiplada de un colegial:

—Pero fíjese usted, mi querido señor, que las que hoy son grandes urbes, fueron antes ciudades pequeñas, con más ó menos historia entre sus muros de granito, y, sin embargo...

—Bien, bien—le interrumpió el banquero, afectuoso y cortés—, si yo no hago otra cosa con esto que presentarles mi opinión. Por lo demás, claro que la ciudad representada en ustedes, hará lo que crea más conveniente para mejorar la vida de sus moradores.

—Sí—arguyó otro edil mal vestido y peor educado—, eso está muy bien dicho; pero si se nos rehusa la ayuda del capital, si los ricos no ofrecen para mejorar la población parte del capital que guardan con avaricia, no se podrán realizar jamás nuestras iniciativas. No se levantaron catedrales con la sola voluntad de unos cuantos hombres de buen gusto, ricos de inventiva, pero pobres de bolsillo...

Grave, altanero, miró el banquero al insolente ingenuo, y con la tranquilidad habitual en él, le contestó, correcto:

—Desgraciadamente, es mucha verdad cuanto acabáis de decir con una franqueza que me sorprende, porque muy pocas ó ninguna vez la encontré. A los ricos no se acostumbra á contradecirles cara á cara en sus juicios. Pero si usted ha sido franco para hablarme, yo, acaso por única vez en mi vida, voy á ser brutal con un hombre. En efecto, amigo mío, es muy difícil que con sólo una buena voluntad, no siendo divina, se cambie el aspecto de una ciudad. Para eso hacemos falta los ricos, ó más bien, nuestros capitales. Y yo, en este momento, siento una alegría feroz por ser rico y poder rehusar mi ayuda para un proyecto que no me agrada. Sé que ello podrá ser la causa de que no triunfen ustedes. Pues si los demás capitalistas de la ciudad no ven mi nombre á la cabeza del empréstito, es seguro que guardarán su dinero creyendo hacer un mal negocio. Y bien; este daño que yo puedo causarles á los que tan sólo tienen una buena voluntad... y buen gusto, me proporciona un placer inmenso, porque de ese modo nada cambiará de lo que me es grato, de lo que forma parte de mi vida, de la ciudad pequeña y triste donde todo me es conocido: desde el silencio armonioso, casi palpable, que convida al trabajo y á la meditación, hasta la voz del vendedor ambulante, sonora, fraternal, que invariablemente pasa á la misma hora por de-



bajo de nuestros balcones, sugiriendo siempre un recuerdo alegre de felicidad ó el recuerdo triste que arranca lágrimas silenciosas por un aniversario inhorrible.

—¡Oh, querido señor!...—interrumpió alguno en tono de protesta respetuosa.

—¿Que soy egoísta, puesto que quiero disponer de la ciudad como de mi propia casa?... Ya lo sé. Y por ello les pido mil perdones, asegurándoles, sin embargo, que así como evito ruidos desagradables en mi casa, no consintiendo el cambio de un mueble que acaricié con la mirada al verle toda mi vida en el mismo sitio, de la misma manera trataré de evitar que mi ciudad sea más grande, tenga una casa más...

—Pero usted, don Sebastián, es un retrógrado, incapaz de comprender las bellezas del arte moderno. ¿Cómo se las arregla, entonces, cuando va á Madrid, á París, á Londres, para no ver más que *lo viejo*?...—dijo el joven edil de las protuberancias casi femeninas, con la voz estridente y enfática de un colegial.

—Bondadoso, sonrió el banquero ante tal pregunta.

—Pues no yendo, amigo mío. No saliendo de mi ciudad oscura y polvorienta como un museo. Yo no viajo.

Un señor, con el cabello ya blanco, que modestamente guardaba silencio sentado en un rincón del despacho, se levantó y habló, al fin, con la simpática afabilidad de un viejo indulgente, persuasivo.

—Yo no quiero—comenzó en tono pausado—ni trato de violentar la voluntad de un tan cumplido caballero; pero sí he de decirle, amigo Sebastián, que ese culto suyo, exaltado, por todo lo familiar, borroso á fuerza de años ó de siglos, me parece de un sentimentalismo egoísta, poco humano. Usted, querido amigo, no ve en nuestro proyecto sino derrumbamiento de cosas que para usted son ídolos; un cambio radical en la población por nuevas vías, por edificios modernos; pero no ve que todo eso representa, seguramente, belleza y bienestar. Sería, no lo dude, de un efecto maravilloso contemplar la ciudad engrandecida, ensanchada, con verdaderos monumentos de arte moderno al lado de soberbias obras bizantinas, de preciosidades platerescas, de monumentales delicadezas del arte gótico más puro. Y luego, no hay que perder de vista el número de obreros que podrían emplearse, dándoles, al mismo tiempo que trabajo para ocupar sus manos, que suelen levantarse en un gesto de amenaza..., la seguridad del pan de cada día,

de que miles de ellos carecen. Además, la población aumentaría en alegría, y las comodidades de la ciudad, arreglada bajo el patrón y semejanza de las mejores, atraería viajeros... ¡Ah, y qué riqueza no representaría la vida activa de una ciudad que despierta, al fin, de un letargo que duró demasiados siglos!... Contemple, amigo mío, con buena voluntad, la risueña y nueva civilización que tiene por lema: movimiento, actividad, trabajo... Verá cómo...

—Inútil, inútil cuánto usted diga, porque no



ha de convencerme—y don Sebastián se levantó, como si todas aquellas discusiones le molestasen.

—Esa testarudez, y usted perdone la palabra, acaso poco conveniente, no significa otra cosa que su declaración de enemigo del pueblo...

Fué el edil de aspecto pobretón el que dijo esto con el calor que sus ideas ó ideales y la contrariedad tenaz de su proyecto producía en él, al oír la firme resolución, expresada con tranquilo egoísmo, del banquero.

Este miró al ingenuo con altivez; pero al fijarse que andaba mucho mejor de franqueza que de indumentaria, sonrió con bondad y le tendió la mano.

—Tal vez tiene razón, mi buen amigo; soy

un testarudo egoísta. Pero no olvide que, si rehusó mi ayuda al Ayuntamiento para su proyecto de urbanización, estoy siempre dispuesto á prestar toda clase de favor á mis amigos. Gran placer tendría en contarle á usted entre los mejores y más queridos.

—Gracias—contestó el ingenuo á quien se dirigían los ofrecimientos, con una arrogancia digna de Diógenes *el pobre*, y estrechó con frialdad la mano afable que le tendían...

Y silenciosamente, con la visible contrariedad que produce siempre una repulsa inesperada, salió la comisión de ediles, después de un ceremonioso saludo.

Volvió á sentarse el banquero, y quedó, por un momento, en una apacible meditación. Luego movió la cabeza, como si también á su pensamiento le rehusase alguna innovación, y paseó satisfecho sus ojos por todo el despacho, posando unos segundos en cada rincón, en cada adorno, la suave caricia de sus pupilas claras.

### III

Comenzaba el otoño, y el sol al despedirse dejaba, con la suavidad impalpable de un aroma, envueltas las cosas en dulces livideces que se doraban, de pronto, al recibir los últimos reflejos de un amable crepúsculo. Gabriela, ahierros de par en par sus ojos negros, vió con placer cubrirse de oro, en fugaz llamarada, los muebles obscuros y elegantes, todo el salón, en fin, donde ella parecía una estatua por su inmovilidad y por la blancura de su bata riquísima, que caía en pliegues rectos y armoniosos á los dos lados de la *chaise-longue*, favorita para sus ensueños trágicos, para las pálidas quimeras, tenues y fugaces, como todo lo increado..., que se desarrollaban implacables, como un castigo, con el acicate de sus pasiones contenidas fuertemente en la casa lujosa y severa, en la que se adoraba la monotonía como á un ídolo, donde la liturgia del silencio se practicaba con devoción...

Poco después todo fué quedando en sombras, borroso, en esa triste penumbra de los cálidos anocheceres de los comienzos del otoño, y Gabriela, inmóvil, por milésima vez volvió á tejer y destejer, con la vaguedad de un sueño, los dos tiempos que llenaban su vida: el pasado, tenebroso y amargo; el presente, fastuoso y vacío...

Se vió en la casa con apariencias de lujo, en la que muchos días faltaba el pan...; vió las habitaciones donde ella pasó sus esperanzas unas veces, sus desilusiones otras, frías y miserables, desnudas de muebles, sin otro adorno que sendos corlinales para fingir un bienestar lujoso á las pobres gentes que miraban los planchados y rígidos visillos envidiosas...

Su padre, pretencioso, pedante, convertía, para vivir aparentando bienestar, los ocho mil reales

de su empleo en las oficinas del Municipio en una *venta* de ocho mil duros... Y no faltaba al café y al Casino: se tenía el pelo y la barba, recitaba versos con la voz monótona y rítmica de los niños que cuentan un endecasílabo, creyéndose un gran literato, porque de cuando en cuando *insertaba* un artículo, retórico y sentimental, en el solo periódico que se publicaba en la población, pequeña y silenciosa. Luego, también hacía valer, sobre todo en su casa, sus habilidades artísticas, que causaban tanto asombro entre sus compañeros de oficina. Tocaba un poco el piano; pintaba delicadamente flores y pájaros... Y por si todo esto no era bastante, también tenía su *pequeña manía*: hacía maravillosas pajaritas de papel, á todas horas, con el primer papel que encontrase á mano. Una genialidad, que le hacía repetir muchas veces con énfasis:

—Os aseguro, amigos míos, que no me doy cuenta de ello. Son distracciones, rarezas que *todos* hemos tenido... Víctor Hugo comía las narajas sin morder. Rossini andaba siempre por su casa con un gorro de cocinero, de papel, que él mismo se hacía. Wagner no encontraba jamás sus lentes...

En este ambiente, pobre y ridículo, fué donde ella creció, sin saber otra cosa más sino que era bellísima, que infinitas veces no podía salir á la calle por falta de botas, una cuando tenía para asearse; al balcón un lindo peñador blanco con pantillas y lazos...; que algunos días hubiera fallado qué comer sin los prodigiosos equilibrios de su madre, una mujercita menuda y alegre, que adoraba á su marido; que su padre, según decían en casa, valía mucho y le tenían envidia...; que ella era digna de ser reina...

Nunca supo hacer nada: siempre vivió mecida por una ociosidad de princesa, sin otra distracción que las novelas echadas en su falda por su padre, después de haberlas él «saboreado». No eran insípidas novelas ni de malos y desconocidos autores; pero en ella producían fiebres de ambición, despertando en su alma soñadora, vehementemente, brutales deseos de vivir, de verlo todo, de tocarlo todo, de gozar lujos y fastuosidades irrealizables. Por un contraste demasiado frecuente, su ociosidad, su inmovilidad, la impulsaban á moverse, á viajar, á emprender una carrera interminable, vertiginosa, á través del mundo.

A los veinticuatro años nada había cambiado para ella: todo aparecía tenebroso ante sus ojos magníficos, que vertían lágrimas de despecho al pensar que se hablaba de su belleza en la ciudad pequeña y chismosa, pero que ninguno de aquellos muchachos atildados, formalitos, por un miedo horrible al «qué dirán», y que tal vez en sueños la adorasen, se atrevería á ser para ella el esperado... otro gentil Caballero del Cisne que la llevase en su barca... aun exponiéndose a



la rechifla de los lontos ahitos de sentido común.

Involuntaria, una sonrisa entreabrió sus labios al recordar la cara de sus padres cuando se presentó en la casita humilde, en que todo era falso, hasta las risas, el señorón de la ciudad, don Sebastián López-Sierra, pidiendo su mano.

Todos, incluso ella, creyeron en una broma ó en un sueño... ¡Cómo! ¿El banquero ya no joven, opulento, formal, grave en sus negocios y afectuoso con todos, iba á buscarla, la amaba?... Una locura de alegría estalló al convencerse de la realidad. Su padre, á pesar de su aspecto enfático y teatral, tenía sinceros temblores de emoción en la voz al llamarla para que decidiera... Cuando entró, aunque abría mucho los ojos para asegurarse de que no dormía, no vió nada al pronto, sintiendo unas ansias locas de sollozar al oír una voz grave y cariñosa decirle con humildad suplicante:

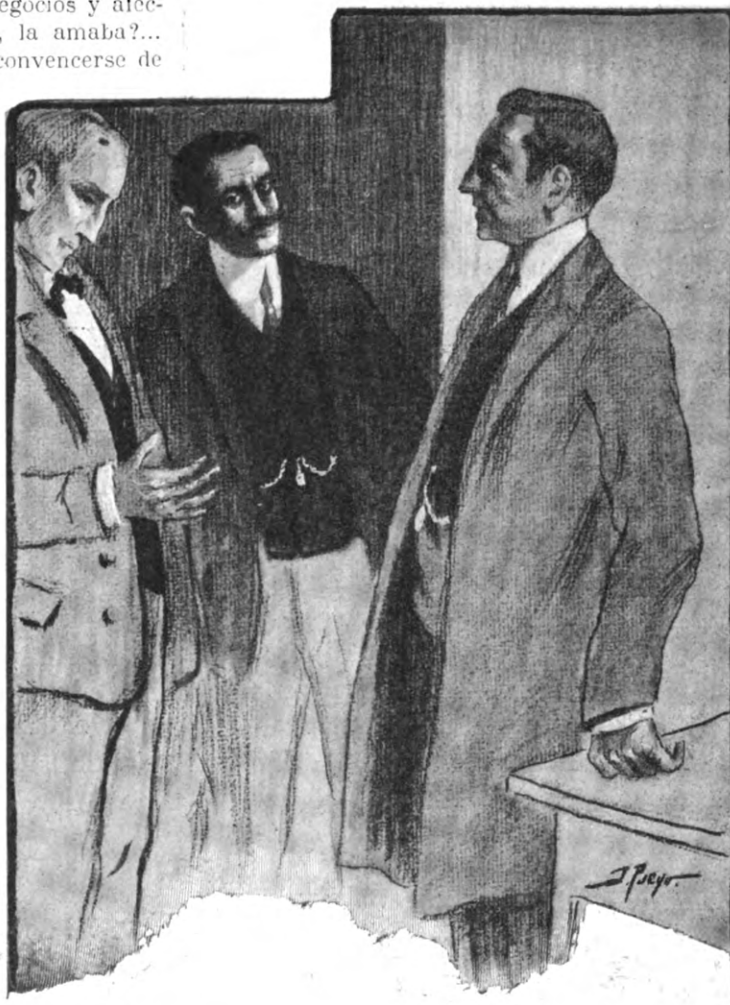
—Señorita... Ante todo le ruego su perdón por no haber usado los procedimientos ya tan conocidos en estos casos. Yo debía, bien lo sé, haberla escrito pidiéndola una limosna de amor... pero ni mi carácter se aviene á tales cosas, ni mi edad es á propósito para hacer el cadete. Lo que sí le juro es que no sabría en este momento expresarle todo el cariño que me ha inspirado en las pocas ocasiones que he tenido la dicha de verla, y que, además de una felicidad solamente soñada, sería para mí un grande honor el que aceptase mi nombre y mi fortuna...

Recordaba ahora que apenas entendió lo que la decía el banquero, reposado y serio; que no pudo hablar, que se abrazó á su madre para no caer al suelo... Su padre se encargó de contestar, y dijo al amable señorón que el honor era para su hija y que podía disponer la boda para cuando él quisiera; que ellos, como ya sabría, no eran ricos... No le dejó acabar el banquero. Todo corría de su cuenta, cosa que no podía ofenderles, puesto que, desde entonces, formaban una sola familia...

Desde aquel día, imborrable en su memoria, pues estremeció su alma con la anunciación de una positiva realidad, ya no se hizo cargo de nada; vivía como muerta, al comenzar, en verdad, su vida.

Sólo algunos días después se fijó en el que iba á ser su esposo, su *dueño*, no sintiendo hacia él

ni aversión ni simpatía. Era un hombre de cuarenta y ocho años, alto y arrogante, pulquérrimo en el vestir, aunque sin alardes de mal gusto; la cara varonil, grave siempre, aparecía como iluminada por una placidez de buen tono que hacía pensar en una existencia tranquila, sin pasiones ni sobresaltos. Quiso que se tras-



ladaran de casa antes de la boda, y, delicadamente, le envió una preciosa arquilla japonesa con cinco mil pesetas para flores...

Sin embargo, ella continuaba insensible, como si un golpe demasiado fuerte é inesperado la hubiera cortado la existencia.

Muchas veces, su madre tuvo que sacudirla furiosa, al ver que no gozaba con la alegría de ellos. ¿Pero es que era una mala hija, que prefería verlos morir de hambre?... ¿No bailaba de gusto al verse envidiada por la ciudad entera y adorada por el mejor hombre del mundo?... Ciertamente que era muy bella, pero ninguno la había querido, pobre y orgullosa. También su padre la habló seriamente; hasta le recitó unos versos, muy á propósito para el caso... Y la familia toda,

como si de ella sola dependiera (y así era la verdad) la fortuna y el bienestar seguro de todos, la acosaba para que estuviera alegre, para que no ahuyentase con melindres la riqueza que tan feliz la haría y de la cual todos disfrutarían. ¡Oh, alegría!... Sí justamente el exceso de



alegría la hacía estar tan triste... Todo aquello se le antojaba un cuento de hadas...

Aquel hombre que reposadamente la decía palabras de cariño y la hacía soberbios regalos que ella envidió tantas veces en los escaparates. La casa nueva donde el piano sonaba á todas horas, acariciadas las brillantes teclas por los dedos de su padre, con la graciosa torpeza de un chiquillo. Las salidas y entradas de su madre, menudita y mucho más alegre, cargada siempre de paquetes y chucherías para sus hermanos, pálidos y entecos, que la miraban

cómo si nunca la hubieran visto, como á un algo prodigioso. ¡Su hermana iba á tener coche!...

Un mes después llegaron los vestidos y el *trousseau*, encargadas ambas cosas á Madrid por el novio, y la casa se llenó de sedas, de encajes, de lazos... Una maravilla que tocaba medrosa, con la punta de sus deditos pálidos, como si ninguna de aquellas lindezas fuera para ella.

Estaba asombrada y dudaba... dudaba con la desconfianza de quien no gozó nunca de un capricho.

Pocas noches antes del día señalado para la boda, el novio y su padre quisieron que se probase el vestido blanco, recubierto de encajes y de ramitos de azahar, y al mirarse en la luna del armario, tan blanca toda ella que los ojos y el pelo parecieron más negros, rió, rió enloquecida, confesando arrogante que estaba hermosísima...

El vestido blanco, de larga cola, y el finísimo velo, bordado primorosamente en los bordes, consiguieron, al fin, romper el encanto en que yacía, moviéndose como una sonámbula...

Al otro día cantó al piano con su padre, jugó con los hermanos, acompañó á su madre en su delirio de compras y tuvo mimos de agradecimiento para su prometido, que se extasiaba con fervor religioso ante la exquisita criatura que iba á ser suya...

La completa obscuridad del salón lo invadía ahora todo; sólo era interrumpida por un manchón blanco que formaba la ideal mujer con su postura de muerta, casi rígida en su inmovilidad de evocadora... Como si quisiera ahuyentar algo penoso, agitó una mano blanquísima, que brilló en la sombra, y un gemido, con tonalidades de rugido, quebró el silencio de la estancia misteriosa donde un alma de fuego sufría su impotencia...

Y tenaz, sañudo, el recuerdo penoso y rechazado tomó cuerpo y habló implacable...

Su marido fué bueno, y al darla posesión de la casa señorial, en la cual, según la leyenda, se desarrollaron escenas trágicas que cuenta la historia como verdaderas, tuvo para ella las palabras más dulces y exaltadas, en medio de su reposo habitual, que no le abandonaban ni en los momentos críticos de su vida. Toda la casa era de un lujo espléndido, sin que nada faltase para un vivir de potentados; pero ¡todo era severo!... Ni una claridad de seda, de estatua, de arbusto artificial, rompía la monotonía pesada del terciopelo, de los bellos y artísticos artesonados

obsurecidos por el tiempo. De todo la hizo dueña y señora, poniendo á su disposición coches y caballos, servidores y caudal.

Mas ella, sin saber por qué, sintió un frio intenso... como un bloque de hielo oprimiéndola el corazón violentamente, al recorrer la casa señorial, severa y lujosa.

Todo aquello que veía la hizo el efecto de una gran celda almohadillada con riquísimos terciopelos, en la que se ahogarian sus gritos de pasión y de juventud, sus ansias de bohemia, su hambre de sol y de multitudes...

Algunos días después de la boda, cuando al ver el entusiasmo del hombre, ya no joven, se creyó en disposición de mandar, inició el primer capricho con ese tono entre mimoso y despótico que irresistible suele ser en las mujeres... La desilusión brutal, de un cinismo grosero, aun cuando envuelta regiamente en los acentos más caballerosos de un galanteador medioevalesco, la hizo comprender que en la casa señorial, severa y elegante, no era otra cosa sino una bella estatua que se adquiere en un impulso de millonario, acaparador de todo lo mejor porque puede comprarlo.

Quiso realizar el sueño de su vida; quiso moverse, viajar, viajar hasta sentir el vértigo; salir de la ciudad pequeña y gris, amurallada como una cárcel por los históricos edificios que la aprisionaban en una cadena interminable de granito musgoso y agrietado... ver otros pueblos, otras gentes desconocidas, otros cielos más azules... montañas y flores... Ver, ver, hasta saciarse...

Pero el marido, en el tono tranquilo y cariñoso con que se habla á los niños, impuso sus gustos.

No podía ni debía dudar de su amor, puesto que ella sólo logró atraerle con su belleza, no habiendo tenido él inconveniente alguno en elegir la compañera que necesitaba entre las más pobres, cuando las más ricas se le ofrecían. Pero él, ante todo y antes que todo, tenía un culto, en el cual tres ídolos recibían la adoración más ardiente de su alma: La ciudad, pequeña y triste, como un cementerio, donde descansaban sus muertos... Su casa, severa y tranquila, en la que todo era muelle, dulce, reposado; en la que no se oía una voz más alta de lo regular ni un grito desagradable porque á él no le agradaba. Odiaba las carcajadas fuertes y brutales; amaba la sonrisa placentera que deja traslucir una vida interior sin violencias ni pasiones... Y, por último, sus dos hermanos, sus niños, como seguía llamándoles, aunque ya eran hombres, encargados á él, á su cuidado y á su cariño, por la madre moribunda, al dejar el mundo, en el cual una viudez llorada sin tregua destruyó su vida lentamente.

¿Viajar?... ¿Para qué? En ninguna parte encontraría las comodidades, la dulce tranquilidad

del hogar, donde nada cambiaba, en el que nada imprevisto variaba las costumbres fastuosas y sencillas á un tiempo, la seguridad de hacer al día siguiente y á la misma hora lo que se había hecho la víspera... Luego, el tren, hasta en medio de su lujo, es incómodo; las fondas, sucias y molestas; las gentes, desconocidas, descortes y desagradables; las grandes poblaciones, insufribles con sus casas tan altas, sus calles tan largas, su orgullo de grandes urbes que se respira hasta en el polvillo que levantan coches y tranvías...

Jamás se le ocurrió á él más que en rarísimos casos de negocios urgentes que reclamaban su presencia, dejar su ciudad, pequeña y silenciosa, en la que era conocido y respetado, ni abandonar su casa para correr el mundo en busca de sensaciones. ¿No tenía allí, sin moverse, todo cuanto podía apelecer? Trajes, joyas, coche... Y todo ello, ¿no era bastante para ostentarlo en el paseo estrecho, siempre el mismo, donde lucía todas las tardes su lujo y su belléza?... Si la escogió entre todas, fué porque creyó encontrar en ella la serenidad de espíritu que él buscaba en su compañera, y que, acostumbrada á la pobreza, nunca ambicionaría más de lo que él pudiera y quisiera darle...

Todo inútil.

Pronto se convenció de que, cortés y cariñoso, su marido disponía de una voluntad incommovible. Se casó con ella porque le agradó su belleza para adornar la casa severa y lujosa con las delicadezas de una mujer bonita; pero jamás consentiría que se tocara á lo dispuesto por la madre, ya muerta, ni á las costumbres que formaban su vida.

Lloró con rabia la primera desilusión; cayó enferma.

Bien la cuidaron y mimaron todos; pero ella, en medio de su delirio, tuvo una idea salvadora. Al ponerse buena huiría de aquella gran celda almohadillada con ricos terciopelos, como dispuesta para ahogar sus gritos de pasión y de juventud, en busca de la libertad, de una vida risueña y bulliciosa para lo cual robaría á su marido... cuanto pudiese... dinero... sus joyas...

El ansia de realizar su deseo precipitó la curación; pero, cuando ya todo estuvo dispuesto, hasta la hora de partir, una debilidad, ó más bien, un miedo pueril al pensar que iba á encontrarse sola en el tren, en otros pueblos, entre gentes totalmente desconocidas, la horrorizó de tal manera... que se abrazó silenciosa á su marido como pidiéndole protección...

Tuvo, luego, algunos meses de calma en que parecía gozar de la tranquilidad dulce y amable del hogar. Mas, ahora, otra vez el hastío, el cansancio de la vida monótona en la que nada variaba, deslizándose el tiempo sin un sobresalto, abrumadoramente silencioso, exasperaba sus nervios haciéndolos vibrar en odio feroz por todo:

por la casa lujosa y severa; por la población pequeña y triste donde todo parecía muerto...; por las gentes, tan conocidas, que más que una sociedad formaban una gran familia; por su marido, reposado siempre, amable, risueño, sin una exaltación ni en sus caricias...

No, ya no estaba dispuesta á sufrir por más tiempo la vida tranquila que la ofrecieran como suprema felicidad.

Cruzó las manos, que volvieron á brillar en la sombra, y una ferviente súplica brotó de sus labios pálidos y crispados...

—¡De qué modo, Dios mío, de qué modo acabar con todo esto que aborrezco!...

Como si la desesperada invocación hubiese llegado hasta donde ella la elevara, Gabriela, de pronto, sintió germinar en su cerebro la idea tan ardientemente buscada. Se puso en pie con la rapidez de quien recibe una descarga eléctrica, y en una postura trágica, inmóvil de nuevo por el estupor que á ella misma causaba la terrible idea, cerró los ojos como queriendo reconcentrar todas las ansias de su alma en un solo pensamiento.

—Sí... Era inevitable... pero, ¿en qué forma?...

Los balcones no eran altos; la casa no tenía sino un solo piso, además del entresuelo. ¿Un veneno?... ¿El pozo de la huerta?... ¡Ah!... Su marido se afeitaba él mismo y guardaba... Sí, en un cajón del tocador. Estaba segura... La había visto más de una vez, finísima, brillante como una joya ó un juguete...

Con vaguedades de sonámbula, con la nerviosa precipitación de quien teme una pequeña duda para realizar lo que desea intensamente, exclamó en alta voz, clara, precisa:

—Es necesario... Ahora mismo...

Pero no se movió.

Un cuadro siniestro, ejecutado con horribles detalles por su cobardía, por el trivialísimo miedo á causarse ella misma un dolor físico, la hizo estremecer. Rechinaron sus dientes y los sollozos estallaron, fuertes, convulsivos...

Se imaginó tendida en la alfombra de su alcoba; sintió correr suavemente por entre sus dedos crispados la sangre tibia que los tenía de rojo..., el escozor de la herida abierta, palpitante, que la desfiguraba hasta hacerla incognoscible en las últimas contorsiones de la agonía...

Abrió los ojos, y al encontrarse rodeada de sombras, el espanto la enloqueció. Extendió los brazos, temiendo tropezar con algo ó con *alguien*, y lanzándose á la puerta cerrada la golpeó, gritando impaciente, jadeante:

—¡Plácida! ¡Plácida!... ¡Sebastián! ¡Rafael! ¡Salvador!...

#### IV

—¡Hola! ¿Qué hace aquí *Garibaldi*?...

El aludido, puesto de rodillas ante la chime-

nea, levantó su cara, roja y mofetuda, en la que dos ojillos, limpios de pestañas, lloraban sin cesar.

—¡Ya empezamos!...—dijo en voz baja y malhumorada, enjugándose el sudor de la pulida calva de toda su cabeza con un bien cumplido pañuelo *de hierbas*, que previamente sacudió en el aire—. ¡Cuidado, mocito; cuidado, mocito!...—continuó en un canturreo amenazador.

Una carcajada insolente del joven empleado exasperó aún más al viejo, que se puso á gatas para levantarse resoplando...

—¡Sí... vergüenza como él!... No, si bien digo yo que el mundo ya no es mundo... Hasla el señor se vuelve otro... Apenas si se fija en nada ni en nadie... Si no fuera por *Rafaelillo* que atiende á los negocios... Aquí ya todo el mundo mete ruido... se ríe á carcajadas... La señora cada día con un vestido nuevo... y al paseo, al teatro, queriéndose llevar con ella á los chicos, aunque uno esté en la Caja y el otro estudiando... ¡Es mucho cuento, señor, es mucho cuento!...

Pero... abuelo, ¿á que tengo que volver á llamarle?... Bien hemos...—y el muchachuelo hizo un rápido gesto con las dos manos abiertas delante de su cara.

—¡Sí... vergüenza como él!... Ni una gota... que me caiga muerto... Todo eso lo pensaba yo mientras atizaba esta condenada chimenea, que no tira...

—¿Con el día de sol que hace y enciende lumbré?... ¡Cuando yo digo!...—insistió el empleado, repitiendo el gesto.

—¡Cuidado, mocito; cuidado, mocito!... Lo manda el señor, y un portero no es nadie... ¡está claro!...

—¡Ah!... Don Sebastián, yo me escuro... Adiós, *Garibaldi*...

Don Sebastián López-Sierra se detuvo en la puerta y miró con ansia, apenas disimulada, la magnífica mesa de despacho, ordenada y limpia. Palideció hasta ponerse lívido...

—¿Quiere algo el señor?...—se insinuó el rechoncho portero, con la gorra en su mano temblona de alcoholizado.

—Nada... Gracias...

Ya solo, el banquero estrujó con rabia una carta puesta en medio de su mesa, entre otras. Rasgó febril el sobre, grande y fuerte, sacando de él un papel rayado de azul y con groseros borrones de tinta.

«*Tu mujer te engaña con uno de tus hermanos.*»

¡Otra vez!... Quedó como hipnotizado mirando el renglón torcido, las letras grandes, bien cargadas de tinta roja. Era para perder la razón...

Todos los días, sin faltar uno, desde hacía unos cuantos, recibía la misma carta acusadora. Siempre el mismo papel con borrones; siempre el mismo renglón torcido, bien recargado de



tinta roja. «Tu mujer te engaña con uno de tus hermanos...»

El primer día no hizo caso del infame papelucho. El segundo día le arrancó una leve sonrisa de desprecio. Algún envidioso de su felicidad. El tercero día no pudo dormir... El cuarto día,



la duda le dejó pensativo, y una pregunta brotó de sus labios, que temblaban... «¿Cuál?...» Y ahora, ahora la duda, con el ropaje de la certeza, era la pesadilla de su cerebro y de su alma... Esperaba con ansia, como un enamorado del suplicio, la hora maldita para estrujar entre sus manos, frías por el espanto, las letras rojas, que diríanse escritas con sangre... En algunos momentos, sin embargo, se figuró que todo ello sería una burla... ¿Para qué entonces martirizarse?... Sus hermanos, los niños amados que él cuidó, rodeándoles de ternura para que no notasen la eterna ausencia de la madre, eran incapaces de tal villanía... No, no podía creerlo. Sabían que adoraba á su mujer sin alardes, á su manera, pero profundamente. Y ella... ¡Imposible! Era buena, agradecida... Hasta por darle gusto á él, contuvo sus nervios, disfrutando á

su lado una alegría sana... tal vez un poco ruidosa en ocasiones... Para todos tenía palabras de cariño...

—¡No, no lo creo!...

Se sentó en el sillón y, pausadamente, muy pálido aún, comenzó á rasgar la carta acusadora y anónima, sin dejar de mirar las letras rojas, que bailaban entre sus dedos una danza diabólica...

—¿Estás malo?...

Levantó la cabeza y vió ante él, del otro lado de la mesa, al hermano menor, Salvador. ¿Cuándo había entrado?... Sin contestar, le miró fijamente, con visible asombro, como si una figura monstruosa y desconocida apareciera de pronto para asustarle... ¿Sería éste?... Una mano amarillenta y larga, mano de Dolorosa, pareció poner un velo con la amante lentitud con que antes se posó en la cabeza de los hijos, entre sus ojos fieros y el muchacho de diez y ocho años, pálido hasta lo increíble, alto y señorial, con algo de suavemente felino en su cuerpo delgado y esbelto, con un algo indescifrable que hacía daño en la fría y quieta mirada de sus ojos azules.

—¿Estás malo?...—repitió el joven, con temor y cariño.

—Es prodigioso... ¡Lo que has crecido, niño mío!... Te miraba porque me parecías otro... No te había visto hoy todavía... ¿Y qué, es buena la compañía?...

Afectuoso y reposado habló el banquero; frío y tranquilo ya le miró el hermano.

—¡Bah! Como todas las que vienen á una insignificante capital de provincia. Te aseguro que yo, más que á pasar un buen rato, voy á sufrir viendo á aquellas infelices mujeres, delgaduchas, anémicas, que parecen salir á la escena para contarnos y llorar sus propias desventuras... Tan plañideras y tan quejumbrosas son todas.

—¿Y por qué vas, si no te agrada?...

—Ya sabes que voy pocas veces; prefiero pasar las primeras horas de la noche con la Patología médica... Pero se empeñó Gabriela en que si tú no ibas fuera yo... y como tú me mandaste...

—Nunca he salido de noche. Tú, nene mío, eres joven y necesitas para vivir algo más que el libro abierto ante tus ojos... No sales... No te agrada nada, y vas á concluir por incomodarme. Además, hay que dar gusto á Gabriela. Y... á propósito. ¿Has reparado en lo alegre que está desde hace algún tiempo?... Ya no tiene aquellas tristezas que terminaban siempre con un estallido de sus nervios, y que á mí, la verdad, me disgustaban... Ahora está alegre á todas ho-

ras, risueña y charlatana, y por esto, mucho más bonita, ¿no te parece?

Salvador miró á su hermano un momento, y sus ojos, de mirada fría, se dulcificaron.

—Sí, la casa está mucho más alegre. Rafael y yo tuvimos miedo de que no fueras feliz...

—Pues os habéis equivocado. Todo, desde que mi mujercita guardó sus nervios entre las cosas que para nada sirven, que más bien estorban, todo marcha á pedir de boca. Rafael cada día me tiene más satisfecho por lo bien que entiende los negocios, sin precipitaciones ni negligencias. Tú, hecho un buen mozo, entusiasmado con la medicina... Pero, di, ¿á que estáis más contentos, más á vuestro gusto desde que hay en casa una mujer joven y hermosa?... Di, habla...

Duro, casi contra, ordenó al joven una contestación. La duda invadía otra vez su espíritu. Una duda perversa que le enloquecía.

—¿Habla... habla!... ¿Es hermosa, verdad?...

Salvador se encogió de hombros, entre glacial y desdeñoso.

—Estábamos mejor los tres solos. Había menos ruido...

—¿No mientes?...—insistió el banquero, con el ansioso deseo de creerle. Pero al ver lo imposible que su hermano le miraba y le oía, volvió á su calma y le dijo en tono mesurado, temiendo, sin duda, otro asalto de su latente duda...

—No sales?... Anda, pasea...

—Sí, me esperan. Volveré pronto.

Algo de felino había en el andar silencioso del joven. Viéndole marchar, el banquero pensó que acaso era él, callado y frío, el que... ¡Oh, si fuera!... Como á un reptil le aplastaría..., mientras sus labios murmuraban las dulces, las puéviles caricias con las cuales le arrullaba cuando siendo niño llamaba á su madre... No, no quería creerlo; necesitaba para vivir la apacible tranquilidad de la que había hecho un culto, quietud, silencio...

Bruscamente abrieron la puerta, una bonita mampara de cuero verde con gruesos agarradores de níquel, y entró Gabriela inundando el despacho ricamente amueblado—dominando en todos los tonos oscuros—de encajes blancos, de volantes, de un sutilísimo y agradable perfume.

—¿Se puede?...—dijo, sin avanzar.

Melodiosa era su voz clara, en la cual parecía, ahora, retocar la risa...

—Adelante... adelante... contestó afectuoso el banquero.

—Perdóname si vengo á interrumpir tu trabajo, pero creí hallar aquí á Salvador.

—Pues ya ves que no... ¿Quieres algo?...

Don Sebastián se había puesto en pie rápidamente, en una sacudida inesperada.

—¡Oh! Nada más decirle que se viniera conmigo de paseo. Hay que distraerle, Sebastián...

Te aseguro que me da pena verle, lo mismo á él que á Rafael, siempre serios, siempre apacibles

y reconcentrados, como si no se apercibieran de que son jóvenes, de que hay muchas cosas bonitas y alegres en el mundo...

Don Sebastián la miraba, complaciente y risueño su rostro bondadoso, mientras sus manos agarraban el borde de la mesa crispadas por la rabia y el dolor...

—Y tú eres el culpable de que los muchachos hayan salido así, tan... viejos, con tu manía de silencio, de una vida plácida, tranquila, en la que todo ha de hacerse sonriendo sin permitir una carejada, un grito de entusiasmo... ¿Lo ves?...—continuó fingiéndose enfadada—. ¿Lo ves? Me estás escuchando con tu eterna sonrisa, sin que se te ocurra protestar... ¡Ah! ¡qué calma!...

Esfuerzo horrible costó al banquero sentarse otra vez aparentando un reposo indiferente. Pensamientos de odio, en los que había violencias, jamás pensados... nublaban sus ojos, que mantenía fijos en la mujer...

—Pero, hija mía, si estoy realmente gozando con tu deliciosa charla, como si fuera un arrullo... Así, así es como quiero yo verte, alegre, dulce, reposada, las tres únicas cualidades que pueden hacer adorable á una mujer... ¿Vas de paseo? Estás muy hermosa... Ven, dame un beso y...

—¿Estorbo?...—le interrumpió la esposa con malicia.

Pues, mira, en este momento, pudiera ser. Tengo que hacer unas liquidaciones urgentes...

Gabriela, en pie, estaba bellísima. Alta y erguida, vestía con suprema elegancia un traje blanco, su color favorito. Tal vez para los amantes de una plástica exuberante resultase un tanto delgada, pero todo en ella era armónico. Las líneas alargadas y divinamente redondas; el andar gracioso y firme, aun cuando parecía no poner en el suelo los pies primorosos por lo pequeños, de un clasicismo genuinamente español. Su cara pálida, de mujer apasionada y vehemente, se animaba á veces con entusiasmos de niña, y en su expresión ingenua hubiérase dicho que flotaba una felicidad infantil; mas, casi siempre, aparecía en una quietud vaga, de ensueño y amargura, como si se cansase de esperar algo prometido... Los ojos, negros, de largas pestañas—ojos de misterio, ojos de abismo—tenían languideces y desmayos incomprensibles, quedando inmóviles, duros y fijos en algunos momentos, cual si una vida interior, espléndida y activa, fuera la causa de esos cambios en el juego de sus miradas. La fina nariz, estremecida de continuo con un husmeo sensual, se recortaba artística por encima de la boca pequeña, cerrada blandamente por los carnosos, encendidos y húmedos labios, como una provocación á la audacia, al terrible beso con acres dejos de sangre, que incita á gritar entre jadeos de agonía



la palabra muerte... Boca con un no sé qué de animalidad, contrastando de un modo extraño con la suave sonrisa que en ella anidaba, causando sensaciones de caricia al arquearla...

Sin embargo—lo sabía ella—, su belleza de estatua no despertaba en los hombres, que la admiraban, apetitos carnales. La juzgaban fría é impasible, indiferente hacia todo, sin sospechar siquiera su alma ardiente, los ímpetus salvajes de su carne divina, pálida, muy pálida...

—¡Ja, ja, ja!...

—¿De qué ríes?...—preguntó el banquero, poniéndose lívido.

Gabriela le miró, y una llamarada abrasó su cara con el reflejo de un incendio invisible... Sus ojos, negros, de largas pestañas—ojos de misterio, ojos de abismo—parecieron metalizarse por un brillo de triunfo... Su boca se arqueó al dibujar una leve sonrisa pausada y enigmática...

—Entonces... si no está Salvador, me llevo á Rafael.

—No sé si podrá... está en la Caja...

La voz de don Sebastián se hizo desconocida aun para él mismo, al enronquecerse. Todo su cuerpo temblaba, mientras su cara bondadosa sonreía.

—No, no importa... Hay que distraerlos... Adiós, te lo robo... ¡Ja, ja!... Un rapto...

Todavía se oyó un momento su risa, que apagó la mampara al encajarse con un sordo y violento golpetazo.

Sin saber cómo, llegó hasta allí; el banquero levantó un visillo, al tiempo que rodó un coche bruscamente, haciendo trepidar los cristales... y su alma.

Apoyó el dedo rígido sobre un timbre.

—¿Llama el señor?...—inquirió la vocecilla azorada y temblona del viejo portero, en el tono que suele emplearse para hablar en una habitación de enfermo que reposa.

—Que venga el señorito Rafael...

—Salió con la señora... La señora no quiso que entrase á pedirle permiso y, naturalmente, se lo llevó...

—Hizo bien—interrumpió el banquero, mirándole fijamente y tranquilo—. Retírate.

Ronca, rabiosa, sollozante, la pregunta estalló en un grito contenido...

—¿Cuál?... ¿Cuál?...

## V

En el suntuoso comedor, triste por la niebla grisácea que envolvía á la ciudad hasta borrarla, la comida terminaba entre las carcajadas y la charla incansable de Gabriela, que incitaba á los dos jóvenes á reirse, á verter su juventud en una cascada de alegrías, de palabras, de gritos de entusiasmo. Don Sebastián, sonriente, les miraba y sufría...

—¿Y tú, Salvador, no has tenido novia?... No, no lo creo. Un guapo mozo como eres... y con esos ojazos que parecen dos cielos muertos... Lo que me hace gracia es la gravedad con que dice Rafael: «Las mujeres... todas ó ninguna...» ¡Ja, ja!... El picarillo, y es tan feúcho...

Feo y huraño era Rafael, que balanceaba su cabezota rapada incesantemente, como si nada



de cuanto le rodeaba le contentase. Castigada su cara, abultada y morena, por la viruela, siendo ya adolescente, conservaba aún á los veintiún años profundas señales, amoratadas y escamosas. Pequeñito de cuerpo, y todo él gordinflón, parecía uno de esos ídolos monstruosos, graciosamente exóticos, del país del sol. Una bestial ave de rapiña en la que todo hubiera muerto, excepto los ojos saltones, vivaces é inquietos de insaciable carnívoro. No hablaba casi nunca, no sabía hablar, aunque de continuo removía los labios, gruesos y salientes, como buscando una palabra que decir, no hallada las más de las veces. Pero haría un admirable banquero, un excelente hombre de negocios, pues tenía una precisión rara para el cálculo, una portentosa intuición para las operaciones mercantiles, una prodigiosa actividad para el trabajo diario. Idolatraba al hermano mayor con la sumisión de un perro, de un criado viejo. Admiraba á Salvador profundamente por sus estudios y por su

fina belleza, fría, desdénosa y austera. Eran tres seres tan unidos, tan compenetrados en sus gustos, en la quietud de sus deseos, á pesar de su disparidad física, que parecían no estar animados más que de una sola alma gigantesca, fuerte y adornada, dividida en tres porciones iguales.

Bebes demasiado, Gabriela —dijo don Sebastián con una voz que ya no era la suya: tan ronca y dolorida sonaba.

—Rafael, ¿otra copa?... No, no digas que no. Toma, bebe por la mía...

Se levantó, se acercó al joven, apoyando la copa en los gruesos labios de monstruoso ídolo, en tanto que sus ojos magníficos—ojos de misterio, ojos de abismo—acariciaban la fría belleza de Salvador con una mirada singular.

—Bebe, bebe... ¡Ja, ja, ja!... Pareces un pequeño... No sabes...

Estaba roja, palpitante, bellísima. Reía con toda el alma, de un modo brutal, esparciendo el musical eco de sus carcajadas por el suntuoso comedor, que lo recogía desabrido y rencoroso, para ahogarlo al punto, irascible, entre sus artesanos de ennegrecidos arabescos, contra los macizos y artísticos muebles conventuales y los pesadísimos cortinajes de obscuro terciopelo.

El banquero, lívido, dejó de sonreír. Sus claros ojos seguían anhelantes el juego de Gabriela, posándose alternativamente en las caras de los dos jóvenes, que, al fin, rieron con las mejillas encendidas, hablando á un tiempo, extendiendo á la par las manos ávidas para alcanzar la copa que la gentil levantaba entre ellos, dejando el brazo desnudo á la altura de sus labios en un remolino de encajes que rozaban sus cabezas, provocativos.

No, no... ahora Salvador... Pero has de contarme alguna aventura... Y luego tú, Rafael...

Lenta, rastrera, resonó en sus oídos, en su cerebro, en su alma, en todo su ser, hasta invadirlo con sus acentos crueles, la voz desconocida... «Tu mujer te engaña con uno de tus hermanos... Mírala, ya no es la misma. Y tú eres un pobre hombre imbécil y tonto... Un marido, en fin... Jamás se vistió para ti con el refinado esmero que ahora lo hace, dejando al descubierto lo que á ti te refusó mil veces... Su palidez se tiñe de rosa, reflejando el amoroso fuego interior... Mira, mira sus ojos, que nunca conseguiste ver abiertos enfrente de los tuyos, agrandarse como para gustar por más tiempo la caricia de otros ojos... Sus manos exquisitas, que no tuvieron para ti un blando gesto de amor, que estrechaste siempre, heladas é inmóviles, posarse estremecidas y ardorosas en la cabeza rubia... en el deformé hombro del monstruoso ídolo... Fíjate en sus risas exuberantes y ruidosas que escandalizan la casa, silenciosa y austera como una abadía...; en sus miradas apasionadas é intensas, insistentes, que despiertan deseos...; en sus gentilísimos movimientos que

descubren contornos adorables en el vertiginoso revuelo de cosas blancas, de lazos azules... En todo, en todo vibra el amor... Y tú, ciego, cobarde, aún dudas... Todavía tienes fe en los hermanos que tú llamas niños, sin querer ver que son ya hombres... En ella, pérfida, que burla tu amor, tu tranquilidad, la apacibilidad risueña de tu espíritu honrado... ¿La ves, la ves?... Juguetea lasciva, y Salvador murmura algo que tú no oyes... Rafael toma su mano entre las suyas... Mereces, sí, mereces ver todo eso por ciego y cobarde...

Un ruido sordo y estrepitoso hizo volver la cabeza á los tres jóvenes, que seguían bromeando. El sillón en que don Sebastián se sentaba cayó contra un aparador, haciendo saltar con su violento golpe una costosa bandeja de plata, redonda y repujada, que fué rodando hasta un rincón, contra el que chocó, volcándose después de un titubeo. El banquero, en pie, horrible en su furor contenido, balbucía palabras ininteligibles que hacían temblar su barba azulada por la reciente rapadura.

Los dos jóvenes, asombrados, con el instinto de su obediencia, bajaron la cabeza con la mansedumbre de un reo que confiesa... Gabriela, con una llamarada extraña en sus ojos negros, que parecieron más negros por la mirada infernal que en ellos lucía, levantó los brazos, en un movimiento de hechicera coquetería, para arreglar un rizo despeinado y ocultar la sonrisa que arqueó sus labios, pausada y enigmática...

—¡Marchaos!...—rugió, más que habló, don Sebastián, mostrándoles la puerta á los hermanos.

Estos salieron, casi impasibles en su humildad.

Después, atropellando sillas que caían al suelo con un ruido sordo, dijo á la mujer:

—Y tú, ven...

Gabriela le siguió, sonriendo...

En medio del salón, alargado y severo cual nave de catedral, se detuvo, al fin, el banquero enfrente de su mujer, que aún sonreía... Mientras él guardaba silencio, contemplándola con ansia furiosa, ella pasó lentamente, como en melancólica despedida de cosas odiadas que nos hicieron sufrir, y que, por fin, se perdonan, las miradas de sus magníficos ojos negros—ojos de misterio, ojos de abismo—por los ricos muebles de terciopelo obscuro y doradas molduras, por los cuadros en los que figuras borrosas, por lo enjulas y por el tiempo, la miraron hostiles desde el primer día que entró en la casa señorial y lujosa, yendo á detenerse, con tenaz fijeza, en la *chaise-longue* de raso negro, puesta ante uno de los balcones como un calafalco. Ella, sólo ella conocía el secreto de sus ensueños trágicos, de las pálidas quimeras, tenues y fugaces, como todo lo increado, que sobre ella, tendida, martirizaron su espíritu, tejiendo y destejiendo los dos tiempos que llenaban su vida: el pasado, tenebroso y amargo; el presente, fastuoso y vacío...



—Gabriela... no he podido evitarlo... perdóname... ¡Sufro tanto! Te lo suplico, dime la verdad... ¿Es cierto?...

—No comprendo, amigo mío... ¿Estás enfermo?...

Gabriela sonreía aún, sin mirarle...

—Te aseguro que he tardado mucho tiempo en creerlo... Como un castigo inventado por el más inhumano y sañudo de los enemigos, todos, todos los días, sin faltar uno, recibo esta carta maldita sin la cual no podría ya vivir... Toma, lee...

Delante de los ojos negros, que se entornaron casi hasta cerrarse, las letras rojas temblaron...

—¿Es cierto?... ¿No me engañan?... Habla, habla ó no respondo...

—¿Y tú lo has creído?... ¡Oh!

No se indignó ante la misteriosa acusación, como el marido esperaba. Por el contrario, sus palabras de protesta fueron dichas en un tono vago, con cierta timidez gozosa que parecía encubrir una plena confesión.

Don Sebastián, entonces, en un movimiento involuntario apresó con fuerza uno de sus mór-bidos brazos que pendían á lo largo de su cuerpo gentil—que ahora deseaba él más que nunca—y acercando su cara á la de ella amenazó fuera de sí...

—¡Ah! ¡Es cierto!... Dilo, dilo de una vez... Ten la valentía de confesar tu crimen, ya que no fuiste cobarde para cometerlo... ¡Habla, infame, ó te mato!...

Nada más terrible que la ira de un hombre pacífico. Don Sebastián bramaba de coraje al resurgir en él la bestia humana, y sacudía sin compasión el exquisito brazo, que enrojeció bajo los blancos encajes.

Gabriela, en un rápido gesto de defensa, rechazó al banquero, y, erguida, fiera, provocativa y sin mirarle, dijo en voz baja:

—Pues, sí, es verdad... Es verdad, ¿lo oyes?... pero jamás, ¿lo oyes?, jamás te diré...

—Sí, es necesario... ¿Cuál?... ¿Cuál?... Dime su nombre y no temas ni por él ni por ti... Saldrá de mi casa y evitaremos el ruido de un escándalo... ¿Cuál?...

—¡No y no!...—respondió la joven con firmeza, mirándole por fin á la cara. Y con los vibrantes acentos de un insulto, exclamó:—¡Mátame!...

Se acercaba á él, terca, anhelante, como si la atrajeran las brutales manos que se abrían y cerraban nerviosas...

Un grito ronco, grito de dolor de una bestia que recuerda que es hombre, se escapó de la garganta del banquero, que salió impetuoso, oyéndose el rechinamiento de una llave que gira...

Gabriela, inmóvil, apenas si se dió cuenta de que su marido la encerraba. Con la mirada vaga, aún más misteriosa, parecía desafiar á un ser invisible. Y sus labios se entreabrieron en cruel sonrisa, musitando despechados:

—¡Ni así!...

Un estrépito inusitado de puertas cerradas violentamente, de voces lejanas, y, sobre todo, el ritmo desigual de unos pasos incesantes, la hicieron volver á la realidad. La casa, como un



cuerpo inerte que de pronto adquiriese vida, se llenaba de ruidos, se animaba, resucitando, al fin, de su letargo de inmensa y milenaria tortuga.

Los pasos continuaban furiosos, incesantes.

Su marido se paseaba en la habitación inmediata, meditando, tal vez, un castigo... Acaso volviese... Querría saber el nombre... ¡Oh!...

Los pasos continuaban furiosos, incesantes.

El estremecimiento de un terror repentino hizo temblar su cuerpo de estatua.

Rápida, pasó por su cerebro la idea de que su marido pudiera suicidarse. De un salto fué hasta la puerta tratando de abrirla...

—¡No, no; soy yo la que debe morir!...—gritó horrorizada, golpeando la puerta que no cedía—. ¡Abre, abre!...

Nadie acudió á sus gritos, á sus golpes de espanto, que hicieron brotar la sangre de sus manos, finas y blancas como pétalos.

Entonces, con su cara de loca pegada á la puerta—que abarcaba con sus brazos en cruz—, toda su ansia, toda su atención se concentró en el ritmo desigual de aquel furioso paseo...

Los pasos, siempre recios, violentos, continuaban incesantes.

## VI

La borrosa ciudad, silenciosa y triste, acogió sorprendida la noticia. Don Sebastián López-Sierra se retiraba de los negocios, cerraba su casa de banca, después de uno, dos meses de liquidaciones mercantiles. Nadie podía explicarse tal resolución en un hombre que todos sabían era trabajador infatigable, á pesar de sus millones; la bondad con que trataba á sus empleados, teniendo más de los necesarios y remunerándoles sus respectivos empleos con pater-





nal largueza. En la casa señorial, tan austera y lujosa, no quedó sino el llorón portero, viejo y borracho, quien se pasaba el día murmurando con la testarudez senil de un alcoholizado y como si á reflexiones no formuladas contestase:

—¡Es mucho cuento, señor; es mucho cuento!...

Ningún ruido, ninguna voz rompía ahora la solemne quietud ni la severidad del caserón histórico, que guardaba misterioso las pequeñas miserias humanas que agobian á los hombres, al igual que un panteón regio guarda en sus entrañas pétreas la putrefacta verdad de las falsas grandezas.

Y era más completo el terrible silencio, después de un despertar momentáneo de la mole de piedra en la que resonaron grillos de rabia, sollozos de desconsuelo, juramentos, portazos, voces violentas y amenazadoras ó suplicantes y humildes... El correr azorado de los viejos criados de aspecto monacal, para cumplir una rápida orden; el golpe seco de una silla derrumbada al paso... Aquel lastimoso trepidar de los cristales, una noche, bajo el pesado rodar de un carruaje que fué alejándose por entre la obscuridad de tortuosas callejuelas, y en el fondo del cual lloraban la repentina verdad de su sorpresa Rafael y Salvador.

Se iban, no sabían dónde, maldecidos por el anatema furibundo del banquero, desconocido para ellos en su nuevo y horrible aspecto de hombre-bestia, al arrojarlos de la casa señorial en que nacieron, con los brutales gestos incoherentes de un condenado...

Trémulo y desencajado; envejecido por la dolorosa tensión de los músculos, que parecían haberse separado de la piel en una sola contracción, dejándola arrugada y maltrecha, yacía don Sebastián hundido, más que sentado, en el sillón de su despacho, del que apenas se levantaba, y en el que pasaba días y días como aniquilado por un golpe demasiado rudo. A veces, sin embargo, con laxitud de convaleciente, vagaba por toda la casa, que le devolvía el eco de sus pasos en el tono quejumbroso de un enfermo á quien se despierta, como buscando algo..., y su mirada extraviada, rencorosa, se posaba hostil sobre las cosas que antes fueron su encanto. De tiempo en tiempo hacía movimientos con las temblonas manos levantadas ante su cara, cual si tratase de ahuyentar una visión espantable ó molesta.

¡Su casa!... ¡Oh, lo que le pesaban las piedras de granito musgoso, allí, en el cráneo, martillado sin cesar por la cruel pregunta!... ¡Cuánto la odiaba, hasta haberla hecho polvo, al verla teatro de una horrible comedia vulgarísima!...

—Pero ¿cuál, Dios mío, cuál?...

Con sollozos desgarradores unas veces, con frenética rabia otras, mascullaba incesantemente la fatal pregunta, á la que nadie quiso contestar, á la que nadie contestaba.

Y para colmo de su tormento, siempre, á todas horas, tenía delante de su vista y en sus oídos la brutal escena con los dos hermanos, en la que amenazó exasperado, furioso... Las voces humildes de protesta; el sollozante adiós de los jóvenes al arrojarlos de por vida de la casa señorial que les vió nacer, que les cobijó, luego, austera y gratísima, y que parecía acogerle á él, ahora, con fiera hostilidad, plena de mensurados silencios...

Fué aquél un instante de titánica lucha en el que, con una saña infernal, se entrechocaron en su alma sus amores de hombre, el cariño inmenso por los dos niños que, hasta entonces, no comprendió, no quiso ver que eran ya hombres; la duda desvanecida por el instinto salvaje de su carne, azuzándole con violenta y desconocida lujuria, al sentirse desposeída de un bien indispensable que creía suyo...; la espantosa verdad rechazada con ahínco por su bondad, por la honradez de su espíritu placido y caballeresco.

Venció lo malo. Creyó, creyó en el crimen que jamás soñara, confiado en que aquellos niños que constituyeron su vida, sus más tiernas alegrías, no serían unos infames al convertirse en hombres. ¿Pero cuál, cuál era el infame?... ¿Por qué no confesó el que fuera?... Acaso él hubiera perdonado... No, ¡no!, imposible perdonar á quien le robó la honra, el amor de su mujer, que era suya, ¡sólo suya!... Nunca supo bien, hasta que otro la quiso, cuánto la adoraba.

—¿Pero cuál, cuál?...

... ¿Dónde estarían?... ¿Qué harían?... ¿Por qué el canalla consintió que el otro también pagase un crimen no cometido?... ¿Por qué la atraente visión de su infancia se mezclaba á la horrible, á la innoble escena en la que él insultó, amenazó loco, impulsado, más que por el atropello á su dignidad de esposo, por el monstruoso rugido de su virilidad burlada, y los veía de continuo ante él como si quisieran aplacar sus furiosos, sonrientes, agarrados de la mano, igual que cuando volvían del colegio y le pedían un beso?...

—¿Pero cuál, cuál?...

Don Sebastián se levantó y, tambaleándose, dió unos pasos inciertos, abarcando al propio tiempo con ambas manos su cabeza. Presentía la locura...

Tenue, medrosa, una voz femenina pareció como deslizarse por la entreabierta mampara.

La señora está peor y quiere hablarle...

El banquero se estremeció visiblemente; quedó inmóvil, anonadado por lo que para él era inesperada sorpresa.

—¿Su mujer!...

No había vuelto á verla desde la lejana noche en que él se despojó de su aspecto de hombre para desahogar la bestial ira que dormía allí en el fondo de su ser, y que logró convertirle en una fiera que reclamaba su hembra...



Infinitas veces le asaltó un violento deseo de hablarla, de mirar, hasta sentir el vértigo de lo insondable, sus ojos negros — ojos de misterio, ojos de abismo—; de besar sus labios, aún más deseables porque mentían, y arrancar de ellos el nombre del hermano infame entre dos gritos de supremo placer y de suprema rabia... Pero era necesario un castigo para ella, la inútil muñeca, vana y soberbia, que tuvo, sin embargo, el

inaudito poder de destruirlo todo: hogar, tranquilidad, amores, familia; aquella apacible vida que él soñó siempre, monótona sí, pero agradable y dulce... Rodeado de los tres únicos seres que llenaban su corazón, habían de deslizarse las horas, hasta que sonase la última para él, mansamente, sin sobresaltos, en la casa señorial de recuerdos históricos, que embellecen las leyendas, aprisionada en el centro de la ciudad pequeña,



silenciosa, sin otro rumor que el suave y alegre del poético río que parece arrullarla ciñéndola cual cintillo de plata.

¿Verla?... No, no podría contenerse. El, tan pacífico, sentía dentro de sí inusitados arrebatos ante la tenaz negativa que volvería á salir de aquellos labios que hubiera querido besar... La impuso el castigo menos ruidoso; un castigo, en el que no había ni violencias ni escándalo; un castigo, que los dos compartían al vivir aislados bajo el mismo techo. Ella, entregada tal vez á sus recuerdos de amor, siguiéndole á él en sus fantásticos ensueños de enamorada, desesperándose al encontrar se tan sola y rodeada de un silencio abrumador de tumba... El, sufriendo, torturado por la ausencia de ellos, por los brutales deseos de verla y no querer verla, de saber toda la verdad...

Tenue, llorosa, la voz femenina volvió á deslizarse con miedo por la mampara entreabierta.

—La señora se muere y desea hablarle...

Rápido se volvió el banquero abalanzándose á la puerta, que abrió de un empujón.

—¿Quién es?...—demandó espantado, con el temor bien definido de verse invadido por la locura, creyendo en una alucinación de su cerebro que titubeaba...

—La señora se muere y desea hablarle...—repitió aún más trémula la voz femenina, en las profundidades del oscuro corredor.

Lúgubre resonó el portazo de la mampara. Don Sebastián, aturdido, se dejó caer casi inerte en el sillón de alto respaldo, que para él había llegado á ser de tortura.

¡Se moría!...

¿Y por qué no le avisaron que estaba enferma cuando se la imaginaba resignada al refinado castigo de un completo aislamiento?, ¿cuando llegó hasta creer que aquello pudiera halagarla, puesto que él debía serle odioso por haberla separado de su amante de un modo tan brusco y grosero?... ¡Se moría!...

Un involuntario sollozo estremeció su recio cuerpo y dos gruesas lágrimas se detuvieron inciertas en las profundas arrugas de las mejillas antes de caer.

¡Ella, muerta!... ¡Los otros, lejos!...

¡No, no, no quería eso! Los necesitaba para vivir. Eran su vida... Le era indispensable el cariño de los tres; verles, hablarles, olvidar... Volver á las plácidas y risueñas costumbres que



formaban su elemento. Reconstruir el hogar... Gabriela, al verse perdonada, no moriría... Ella fué la única mujer que le inspiró amor; debía perdonarla...

¡Oh, sí! Es dulce la indulgencia. Al fin había sido á su hermano, á uno de sus niños queridos, á quien ella amó... Solamente le pediría, á cambio de su completo perdón, el nombre... que le dijera cuál... La estúpida obsesión habría de amenazar mil veces su dicha, estaba seguro. Era preciso borrar, aniquilar en absoluto la idea fija que martillaba sin piedad y sin tregua su cerebro, no firme... «¿Rafael?... ¿Salvador?...» Ella termi-

do, parecía negro, tenía ya el desconsolador aspecto de una cámara mortuoria. Un sutil vaho de éter impregnaba la atmósfera con su característico perfume, y un silencio espantoso, por lo absoluto, hacía dudar de si allí habría algún ser vivo.

Lentamente, como si un débil soplo y no una mano lo moviese, se alzó el cortinón de una puerta invisible y la pálida figura del banquero se detuvo indecisa, sorprendida... Dilatada su mirada por el ansia, buscó en la semiobscuridad, y al fin pudo ver allá en el fondo, el monarca en tal lecho, del que arrastraba majestuosa la rica



naria, agradecida, la cruel duda. «Es buena... Todos son buenos...»; pero él... él infinitamente bueno, porque sabía perdonar...

Y risueño casi por la esperanza de un desenlace dichoso, el banquero se levantó, corrió en un impulso de bondad en busca de Gabriela, haciendo retremblar el silencioso caserón con sus pasos precipitados—que devolvía el eco con el apagado sonido quejumbroso de un enfermo á quien se despierta...

## VII

Era cierto; Gabriela se moría.

La austera habitación, altísima de techo, almohadillada toda ella con rojo terciopelo, tan obscuro, que á la escasa luz de un farolillo japonés, suspendido de un cuadrante del artesona-

do, parecía negro, tenía ya el desconsolador aspecto de una cámara mortuoria. Un sutil vaho de éter impregnaba la atmósfera con su característico perfume, y un silencio espantoso, por lo absoluto, hacía dudar de si allí habría algún ser vivo.

Don Sebastián reconoció en ellas á la madre de su mujer—aún más menudita en el vasto salón convertido en dormitorio, aterrada, atónita, por lo que acaso era para ella un desenlace imprevisto; al portero, el viejo borracho, que lloraba impasible, como una necesidad de sus ojos, limpios de pestañas é irritados; á Plácida, la criada, ya anciana, indiferente á todo.

El banquero dió unos pasos, que ninguno advirtió; pero volvió á detenerse al apereibir á Gabriela, blanca y rígida, cual bella estatua de mármol, tendida sobre la gran cama de matrimonio, donde él la había amado, donde tal vez...

Un ¡ah! de infinito dolor articuló su garganta, en bondadoso rechazo de la infamia, para él ya indudable. Venía á perdonar, á olvidar... Y se

acercó al lecho, en el que Gabriela diríase muerta.

La madre, al verle, se estremeció, y entre rubores de su alma y sollozos amargos de su corazón bueno, intentó una queja, una discreta disculpa...

—¡Mi hija, mi pobre hija se muere!... Soy yo, yo, la que no ha querido que venga su padre... La desgracia es demasiado horrible para su corazón de hombre superior... ¡Mi hija!... ¡Mi hija!...

Don Sebastián la miró compasivo y dió un paso para echarse en sus brazos... mas, de pronto, asaltado por su deseo de estar solo con su mujer, de hablarla, de que ella le hablase, mandó salir á todos con un blando gesto de autoidad.

Dudó la madre... pero, al fin, salió.

Entonces el banquero, inclinándose sobre la bellísima cara de la esposa, llamola, tierno, contentiendo los ímpetus de su voz.

—¡Gabriela!... ¡Gabriela!... Di, ¿me oyes?...

Con ansia suprema esperó unos instantes algún signo de vida en la hermosa mujer inanimada, como muerta.

—¡Gabriela!... ¡Gabriela!...—repitió, espantado de haber llegado tarde...

Un movimiento apenas perceptible en los labios, más que pálidos, lívidos; el pausado plegamiento de los párpados dejando al descubierto los inmensos ojos negros, que se fijaron en el techo tenaces, dieron al banquero la intensa y suave alegría de una vida aún palpitante.

—¿Me oyes, Gabriela?... ¡Yo no quiero que mueras!... Mirame... Escucha...

Gabriela no le miró, continuando en su abstracción vaga, en la que se hubiera dicho, sin embargo, que ya no vivía... Los hermosos ojos negros—ojos de misterio, ojos de abismo—seguían muy abiertos, sin pestañear, fijos en el altísimo techo y obscureciéndose más y más, cual si por ellos hubiera pesados la vida de la ideal mujer.

Al fin movió los labios queriendo hablar...

—¡Oh, dime que no sufres... que vivirás para mí!... porque yo... sí, Gabriela, ¡yo te perdono!

La palabra augusta estaba dicha. Sin emoción ni gravedad. Sólo en ella, con ser tan grande, puso el esposo la ternura y sencillez de un hombre... más que justo.

En la pausa que él hizo, aguardando, sin duda, una exclamación de júbilo, una frase de cariñosa gratitud, Gabriela, sin mirarle, absorta en lo que quizá sus ojos solamente veían, volvió á mover la cabeza y los labios, y levantando con esfuerzo una mano, le invitó á acercarse... El se inclinó aún más y se estremeció, no supo si de placer ó dolor, al ver entreabrírse la preciosa boca para dar paso á una debilísima voz que sonaba indiferente y lejana...

—Oye... ven... acércate...

Y cuando le tuvo tan cerca que se tocaban sus caras, continuó:

—Llámalos... díles que vengan... *nada es verdad*... Las cartas... era yo quien las escribía...

Un grito salvaje del banquero, que se irguió como herido por un rayo ante la estupenda revelación, quebró la tenue voz de Gabriela. Luego, apresando convulso por la pena de su estupor las manos de ella, tan lindas, que semejaban sobre la roja colcha de seda dos cisnes en reposo, se abismó en aquellos ojos, siempre misteriosos para él, abiertos ahora hasta lo increíble, que no le miraban; que acaso ya no le veían, para preguntarle en un rugido de angustiosa sorpresa:

—¡Tú!, ¡tú!... ¿por qué?... ¡Di! ¿por qué lo hiciste, si yo te adoraba?...

La bellísima cara de Gabriela se ensombreció repentinamente al quedarse sin vida, y sus ojos quedaron aún más fijos en la misteriosa contemplación...

Pero la voz leve, de un cansancio infinito, y todavía más lejana, llegó hasta el banquero como una bofetada de ultratumba...

—¡Me aburría!...

*Angela Krauss*